

## MISA CRISMAL 2026

(Catedral de Badajoz, 31, marzo de 2026)

Queridos hermanos en sacerdocio: ¡El Señor os dé la paz!

Nos reunimos esta mañana en esta Iglesia Catedral Metropolitana de Badajoz los sacerdotes, consagrados y pueblo santo de Dios presididos por el Arzobispo para celebrar la Misa Crismal. Una celebración ésta que nos une a todos los que formamos esta comunidad eclesial de Mérida-Badajoz como familia unida en Cristo que somos, y que hace de esta celebración la gran fiesta diocesana.

En esta celebración nuestros sacerdotes van a renovar sus promesas sacerdotales, al mismo tiempo que se va a consagrar el Santo Crisma y se bendecirán los Óleos de los catecúmenos y de los enfermos.

El primer sentimiento que viene a mi corazón de pastor de esta parcela de la Iglesia de Jesucristo que peregrina en Mérida-Badajoz es agradecer al Señor su generosidad y su bondad para con nosotros que nos ha llamado a un seguimiento “más de cerca”, al sacerdocio, y ha bendecido a esta Archidiócesis con sacerdotes sabios y santos.

Al mismo tiempo quiero agradecer a todos los que formamos parte del presbiterio diocesano su dedicación a pastorear el pueblo que le ha sido confiado. Después de dos años entre vosotros puedo decir que os conozco un poco más, que conozco la fidelidad y el trabajo de muchos de vosotros, aun en medio de vuestras dificultades. No puedo menos de agradecer en modo particular la labor apostólica llevada a cabo por los sacerdotes ancianos y hoy muchos de ellos enfermos que han trabajado sin descanso en las distintas misiones que le han sido confiadas por mis predecesores. Por los sacerdotes jóvenes y mayores, sanos y enfermos, por todos ellos no ceso de dar gracias al *Padre de las misericordias*. No puede faltar mi gratitud a todo el pueblo de Dios que trabaja en comunión con el obispo y los sacerdotes en misión compartida y que cada vez se hace más urgente: Llevar la luz del Evangelio a todos los rincones de esta parcela de la viña del Señor en esta tierra extremeña.

Hoy contemplamos a Cristo, el Ungido del Padre, aquel sobre quien reposa el Espíritu Santo y que ha sido enviado para anunciar la buena Noticia a los pobres, como hemos escuchado en el evangelio (cf. *Lc 4, 18-19*). Un momento importante de esta celebración lo constituye la renovación de las promesas sacerdotales.

A la luz de esta unción de Jesús por el Padre, los presbíteros hacemos memoria viva de nuestro sacerdocio. Nosotros, que hemos sido ungidos no con un óleo material solamente, sino con la gracia del Espíritu, somos configurados con Cristo para servir, para santificar, y para guiar al pueblo de Dios.

La renovación de las promesas sacerdotales que haremos en breve no puede reducirse a un mero recuerdo del pasado. Es un acto profundamente actual. Es volver al primer amor (cf. *Os 2, 16*), es dejarnos seducir por el Señor (cf. *Os. 2, 16*), es dejarnos mirar de nuevo por el Señor como cuando pronunció nuestro nombre y nos llamó a seguirle. En un mundo que tantas veces dispersa, desgasta y enfría el corazón, hoy se nos concede la gracia de decir de nuevo “Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad” (*Lc 1, 38*).

Renovar nuestras promesas es también renovar nuestra entrega. Significa reavivar el don recibido, volver a poner a Cristo en el centro de nuestra vida, no como una idea, sino como una presencia viva que nos sostiene. Hoy más que nunca hemos de ser conscientes de que nuestro ministerio solo tiene sentido, solo dará fruto, desde una profunda comunión con Él: “Sin mí nada podéis” (*Jn 15, 5*).

Pero esta celebración no se encierra en nosotros mismos. Con el Papa Francisco quiero recordar que como Iglesia que somos estamos llamados a abandonar la comodidad del “centro” autorreferencial y salir hacia aquellos lugares donde falta la luz de Cristo. Cada vez que pronunciamos en la celebración de la Eucaristía las palabras de Jesús: “Esto es mi cuerpo... esta es mi sangre...”, asumimos que la vida no nos pertenece, proclamamos que la entregamos, nos confesamos siervos de todos, a los pies de todos... Esa es nuestra única grandeza, nuestro único poder.

Nuestra misión como sacerdotes no es solo geográfica, sino también existencial, abarcando las periferias del alma, la pobreza, la soledad y la

falta de fe. Hombres de Dios y hombres con “olor a oveja”, pues el mismo que nos dijo: “haced esto en memoria mía”, nos ha dicho también: “ejemplo os he dado para que hagáis vosotros los mismo”.

En esta celebración todo en ella nos abre al misterio que estamos celebrando: La Pascua del Señor. La Pascua no es solo un acontecimiento que recordamos; es una realidad que estamos llamados a vivir intensamente. Cristo sigue pasando, sigue entregándose, sigue venciendo el pecado y la muerte en nuestra vida y en la vida del mundo. Y nosotros, como sacerdotes y como pueblo de Dios hemos sido llamados a ser testigos y servidores de esa Pascua, como miembros de una Iglesia en salida, “accidentada, herida y manchada por salir a la calle” en lugar de una iglesia “enferma por el encierro”. No podemos simplemente acoger a quien llega, hemos de arriesgarnos a ir donde hace más falta la luz del Resucitado; salir llevando a todos la alegría y la luz de la fe, buscando a los alejados y ofreciendo la misericordia de Dios. Esa es nuestra misión principal. El texto que hemos leído en el Evangelio y que sirve de marco para la misión del Señor, hoy se ha dicho para nosotros: ungidos para anunciar la buena nueva a los pobres, para proclamar la liberación a los cautivos, y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del señor” (Lc 4, 18-19).

Por eso, renovar las promesas sacerdotales implica también renovar nuestro compromiso de ser hombres pascuales: hombres de esperanza, incluso en medio de las dificultades; hombres de entrega, incluso cuando el cansancio pesa; hombres que anuncian la vida nueva que brota del sepulcro vacío.

No puedo terminar estas palabras sin pedir con humildad pero también con fuerza que todos, como Iglesia de Cristo, nos impliquemos en el despertar y acompañar las vocaciones que el Señor quiera darnos al sacerdocio. Que no se pierda ni una sola vocación por nuestro silencio o por nuestro desinterés. Sería una grave responsabilidad.

Queridos hermanos sacerdotes: el pueblo de Dios espera de nosotros no la perfección, sino la autenticidad, no la autosuficiencia, sino la transparencia de Cristo. Que nuestra vida sea un signo claro de que el Señor vive, de que su amor es más fuerte que todo.

Y a vosotros fieles laicos os pedimos que recéis por nosotros los sacerdotes. Necesitamos vuestra cercanía, vuestro afecto, vuestra oración, vuestro perdón.

Caminemos juntos como Iglesia hacia a la Pascua, sostenidos por la misma gracia y animados por la misma esperanza. *Fiat, fiat, amen, amen.*